

# La epopeya del perseguido

Juan José Coy, S. J.

Ernie Levy, judío descendiente de judíos. Religión y raza. *El último justo*, de André Schwarz-Bart, es la obra del perseguido Levy que se transforma, por obra de un relato apasionante y simbólico, en la epopeya del pueblo judío. La epopeya del perseguido. El pueblo hebreo, en su peregrinación constante, dolorosa, sangrienta. Exodus. "Una biografía de mi amigo Ernie Levy cabría fácilmente en el segundo cuarto del siglo XX; pero la verdadera historia de Ernie Levy empieza muy temprano, hacia el año 1000 de nuestra era, en la vieja ciudad anglicana de York. Para ser más exacto, el 11 de marzo de 1185. Aquel día el obispo, William de Nordhouse, pronunció un gran sermón y al grito de '¡Dios lo quiere!' la muchedumbre se derramó por la plaza de la iglesia y unos minutos más tarde las almas judías daban cuenta de sus crímenes" a ese Dios que las había llamado a El por boca de su obispo (1)."

La matanza —una más— da comienzo al relato. Pero en realidad las aguas pudieran tomarse aún de más arriba. Tan de arriba que se pierden en el recuerdo del tiempo. Expulsados y perseguidos, los judíos han seguido caminando y multiplicándose, esperando siempre. Incluso contra toda esperanza. La epopeya del hombre perseguido, acorralado, condenado. Los Reyes Católicos expulsaron a los judíos de la Península Ibérica; el nacionalsocialismo los sacrificó como a ovejas en matadero; los cristianos medievales los lincharon en racimos; la Iglesia, hasta hace bien poco, les ha calificado de "pérfidos". ¿Son los judíos responsables por la muerte de Jesús? ¿Con qué derecho los arios nazis se erigieron en jueces de una raza que ellos conside-

rabán inferior? ¿Por qué todos hemos despreciado en alguna ocasión al negro, al indio, al pobre, al paria? André Schwarz-Bart ha escrito una novela impresionante, pues es la requisitoria universal para todos los hombres, americanos o europeos, africanos o asiáticos. Todos los hijos de Dios tienen alas, decía Eugene O'Neill. Y alrededor de esta idea fundamental, base religiosa de toda democracia estrictamente política o social, construía uno de sus más conmovedores dramas. El francés Schwarz-Bart, hijo de emigrantes polacos llegados a Francia en 1924, ha escrito *El último justo* con un torrente de inspiración y unos cuantos hechos históricos. Su obra ha de ser cuidadosamente delimitada, desde el punto de vista crítico, antes de comenzar su análisis literario.

## Delimitación

Necesarias son algunas palabras sobre lo que las preceptivas han calificado como "novela histórica". En repetidas ocasiones hemos vuelto sobre el tema, pues la clarificación de esta realidad híbrida es importante. Arnold Toynbee —la cita se va ya haciendo casi tópico— lo comprendió certeramente. "Hay tres métodos diferentes de contemplar y presentar los objetos de nuestro pensamiento y, entre ellos, los fenómenos de la vida humana. El primero es la indagación y registro de 'hechos'; el segundo es la elucidación, mediante un estudio comparativo de los hechos, de 'leyes' generales; el tercero es la recreación artística de esos hechos en forma de "ficción"... La distribución de las tres técnicas (historia, ciencia y ficción) entre los tres departamentos de estudio no constituiría, sin embargo, una selección, sino que podría suponerse. La mera selección, disposición y presentación de hechos constituye una técnica que pertenece al campo de la ficción y la opinión popular está acertada en que ningún historiador puede ser 'grande' si no es también un gran artista (2)."

Hilaire Belloc ha escrito numerosas biografías. Al menos, que uno recuerde, sobre Richelieu, Luis XIV, Isabel de Inglaterra, Juana de Arco... Son obras en las que lo estrictamente histórico prima tan abrumadoramente sobre lo verdaderamente artístico que a esos libros muy difícilmente se les puede llamar literatura. Stefan Zweig, el genial maestro del arte de biografías, en cambio, nos ofrece en sus obras retratos vivos, palpitantes, verdaderos. Los detalles meramente históricos están en función del personaje, no el personaje en función de la historia, como es el caso de Belloc. El austríaco y el inglés pueden servir de paradigma de cuándo la historia llega a la categoría de arte o cuándo se queda en lo árido de lo estrictamente científico. Por supuesto que, en obras puramente didácticas, lo científico debe primar sobre lo artístico. Pero en biografías donde el elemento humano está en íntima, estrecha relación con la circunstancia de lugar y tiempo, no se puede prescindir del genio creativo que insufla su aliento vital a cuanto toca. Yo soy yo y mi circunstancia, dijo Ortega. Stefan Zweig da luz al yo mediante

(1) André Schwarz-Bart: *El último justo*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1959. (Cito en lo sucesivo UJ y número de página.)

(2) Arnold J. Toynbee: *Estudio de la Historia*. Compendio de Somervell. Tomo I. Emecé editores, Buenos Aires, 1958, páginas 60 y 61.

el estudio de la circunstancia; Belloc casi prescinde del yo de su biografía para quedarse con el espacio y el tiempo. La diferencia entre una y otra técnica es evidente.

Yendo ya al plano más directamente novelístico recordemos el caso aleccionador de Gironella. En otra ocasión hemos hablado de las cuatro novelas del discutido y muy discutible novelista catalán (3). Ahí radica precisamente, en el caso de Gironella, de su acierto o desacierto en la triple combinación ya reseñada, su éxito o fracaso como novelista. Tanto La marea como su trilogía sobre la guerra española son —o pretenden ser al menos— novelas históricas. En dos casos el intento no pasa de eso, simplemente de ser en potencia. La marea y Un millón de muertos son dos auténticos fracasos, desde el punto de vista literario. Los cipreses creen en Dios son auténtica obra de arte, pues la historia queda vivificada y revivida por una familia que cobra cuerpo y alma a lo largo de las páginas de la obra (4). Así, en efecto, los hechos son algo más que estadística o reportaje.

Algo más que estadística o reportaje son también los hechos presentados en *El último justo*. Ernie Levy es el final de una cadena de treinta y seis "justos": un final que acaba en la cámara de gas y más tarde en los crematorios nazis. Como seis millones más, exactamente como seis millones de judíos más. "El once de noviembre de 1938, más de diez mil judíos, sólo en el campo de Buchenwald, eran recibidos con todos los refinamientos acostumbrados..." (5). Estas no son invenciones espeluznantes de relato terrorífico a lo Edgar Allan Poe. Esto es historia. Auschwitz, Maidanek, Treblinka, Buchenwald, Mauthausen, Belzec, Sobibor, Chelmno, Ponary, Theresienstadt, Varsovia; Vilna, Skarzysko, Bergen-Belsen, Janow, Dora, Neuengamme, Pustkow. "Y alabado sea el Eterno." Es la letanía impresionante de la barbarie humana. "Se ruega a todo aquel judío que desee ahorcarse tenga la amabilidad de ponerse en la boca un trozo de papel con su nombre, a fin de que sepamos de quién se trata." (6) En las calles, en las escuelas, en los barrios bajos, en las sinagogas... en cualquier sitio fue escrita esta tremenda, increíble historia... "Es admirable que en la época en que enseñaban el asesinato a los escolares arios, los profesores enseñasen el suicidio a los niños judíos; este punto demuestra hasta dónde llegó la técnica alemana y cuáles fueron su rigor y su simplicidad, de los que no se apartó ni siquiera en el terreno de la pedagogía." (7) Y en el mar: "Arca de los nuevos tiempos, el 'Exodus' dio dos veces la vuelta al mundo sin hacer nacer una flor para sus mujeres, una sonrisa para sus niños, una lágrima para sus viejos. Los corazones democráticos se contenían. Después de un hermoso viaje, todo aquel pequeño mundo volvió por Hamburgo a acabar sus días en el país natal. Jamás embargo alguno fue tan admirablemente observado. Y ¡viva la democracia!, exclamaron las democracias." (8)

Con esta pesadilla antisemita nos enfrenta el gran historiador y artista André Schwarz-Bart. Con la pesadilla de la persecución, la tortura arbitraria, el asesinato criminal e injustificado. Con la pesadilla que atormentó durante varios años a una chiquilla que quiso vivir y no pudo. Una niña que se llamaba Ana Frank. La "recreación artística de todos esos hechos en forma de ficción" es lo que nos ofrece Schwarz-Bart en *El último justo*. Veamos ya cómo.

## Sociedad y novela

"La crítica que se ha llamado sociológica comienza a partir de la convicción de que las relaciones entre el arte y la sociedad son de vital importancia y que la investigación de estas relaciones pueden organizar y hacer más honda la respuesta estética del lector ante la obra de arte. El arte no es algo creado en el vacío: es trabajo de un autor que se encuentra en un espacio y un tiempo muy determinado, dando respuesta a una comunidad de la que es parte muy importante. Edmund Wilson localiza este tipo de crítica sociológica, por ejemplo, en Vico, ya en el siglo XVIII, por su estudio sobre la épica de Homero que revelaba las condiciones sociales en las que había vivido el poeta griego. Herder, en el siglo XIX, continúa este procedimiento de análisis, pero es Taine quien le da al sistema su más hondo significado cuando dijo que la literatura es la consecuencia del momento histórico, la raza y la circunstancia." (9)

Obviamente, este método crítico del que hablamos será óptimo en algunas ocasiones y del todo estéril en otras. Ver cuándo se le puede sacar partido al procedimiento y cuándo no, ante determinadas obras de literatura, es parte ya del juicio crítico del comentarista. *El último justo*, por ejemplo, no podía entenderse sino como consecuencia de un momento histórico preciso. *La hora veinticinco*, de Gheorghiu, es también el resultado concreto de una coyuntura temporal y espacial muy precisas y determinadas. En general, cualquier género de realismo encajará espontáneamente dentro de estas tendencias críticas. Steinbeck, Sinclair Lewis, Camilo José Cela, la gran tradición novelística hispanoamericana: en todos estos casos la sociedad está determinando un arte que no se puede comprender del todo desligado de ese medio ambiente en el que se ha producido.

"La Historia presenta una continua interacción entre la sociedad y el individuo. Es dentro de esta sociedad donde el individuo alcanza la madurez. Quizá el individuo llegue alguna vez a pensar que es absolutamente independiente de la sociedad, capaz de emanciparse del todo de esa sociedad y juzgarla. Eso es meramente una ilusión de independencia que le hace olvidar con frecuencia que, en realidad, al menos en gran medida, él personalmente está moldeado y configurado por la sociedad en que vive." (10) A esto se halla también sometido el artista, el creador de obra de literatura. En unos autores, desde luego, el fenómeno será más evidente y más sistemáticamente perseguido que en otros. No olvidemos que tampoco en literatura se delimitan las cosas de modo matemáticamente puro, sino que todo es cuestión de énfasis. Pero es obvio que, en mayor o menor medida, todos los autores participarán de esta realidad ineludible. André

(3) Juan José Coy: *Los cuatro prólogos de Gironella*. Conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Hispánica de Quito, lunes 22 de junio de 1964.

(4) *Ibid.*

(5) UJ, 251.

(6) UJ, 251.

(7) UJ, 237.

(8) UJ, 251-252.

(9) Wilbur Scott: *Five approaches to literary criticism*. Collier Books, New York, 1962, pp. 123 ss.

(10) Remy C. Kwant: *Encounter*. Duquesne University Press, Pittsburgh, 1960, p. 1.

Schwarz-Bart, en *El último justo*, hace novela histórica, es decir, sociológica, hasta un grado que aconseja este mismo sistema de acercamiento crítico, el sociológico o histórico. Sólo en conexión con esa circunstancia en que la obra ha sido producida seremos capaces de llegar a penetrar en el "yo" de la misma creación.

Un individuo, Ernie Levy, se mueve en una comunidad judía que forma parte a su vez de otra comunidad mayor, la compuesta por los superhombres de la raza aria. El judío, desde un punto de vista racial y religioso, todos sabemos las persecuciones que ha sufrido. Por causa de dos presupuestos falsos que han alimentado el odio religioso y el racista desde el comienzo de nuestra era. El presupuesto religioso falso del que con frecuencia se ha partido para justificar lo injustificable ha sido el que los judíos, como pueblo, son los responsables de la muerte de Jesús. "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." El presupuesto racista de que un grupo humano determinado sea superior a otro lo seguimos observando aun en nuestros días, incluso en aquellas sociedades que más vociferan la igualdad de derechos de la persona humana. Deshacer este segundo presupuesto fácilmente es juego de niños. Respecto al primero, al presupuesto de que los judíos, como pueblo, son los responsables de la muerte de Jesús, no hay hoy ya quien lo defienda. Bástenos citar un excelente artículo recientemente publicado en una revista de Teología precisamente con este título: *Responsabilidades de la muerte de Jesús* (11).

Pues bien, estos dos motivos fundamentales fueron aceptados sin discusión en un momento determinado de nuestra historia contemporánea, en un lugar concreto de la geografía europea. Los judíos asesinaron a Cristo: el odio religioso queda decretado. La raza aria es superior y hay que mantenerla pura: el odio y la persecución racial se desencadenan. No nos extrañemos de las consecuencias: seis millones de víctimas y mayor número de atrocidades. Desde el punto de vista literario vamos a ver las consecuencias conmovedoras, impresionantemente vivas, que aparecen en *El último justo*.

### Elegía del perseguido

Largo —pero creemos que provechoso— ha sido el recorrido. Ya tenemos a la novela enmarcada, bien delimitada, casi plenamente justificada. Cuanto digamos a continuación cobrará nueva fuerza y mayor realce de cuanto anteriormente ha quedado reseñado.

Ernie Levy, judío descendiente de judíos. Las consecuencias son obvias. La dimensión psicológica de esta alma viva que el autor nos presenta es maravillosa, siempre imprevisible, pero después siempre comprendida. Ernie Levy es el último eslabón de una cadena de justos. La cadena se inicia en York, Inglaterra, el 11 de marzo de 1185. A la matanza de William de Nordhouse escaparon unos cuantos judíos que se refugiaron en una vieja torre abandonada, algo apartada de la ciudad. "La mañana del séptimo día, el rabino Yom Tom Levy reunió a todos los sitiados en la plazuela del vigía. 'Hermanos', les dijo, 'Dios nos ha dado la vida; devolvámosela nosotros mismos, con nuestras propias manos, como lo han hecho nuestros hermanos de Alemania.' Hombres, mujeres, niños y ancianos, to-

dos fueron tendiendo la frente a la bendición del rabino, y luego al hierro, que administraba con la otra mano, la garganta. El viejo rabino se quedó solo ante su propia muerte." (12) El acto del rabino Yom Tom Levy tuvo una suerte singular: elevándose por encima de la tragedia común, se convirtió en leyenda. El linaje de los Levy habría de tener, en cada generación sucesiva, un justo. El Justo. El último de estos justos, en los que la obra se centra después de un largo recorrido histórico, se llamaba Ernie Levy.

En este contexto preciso adquiere todo su significado histórico, legendario y psicológico el alma compleja y atormentada de Ernie, hijo de Benjamín, de profesión sastre, nieto de Mardoqueo y Judit. Aquí comienza la elegía del perseguido.

Con la maestría genial a que nos tiene acostumbrados, Charles Moeller nos ha descrito en el tercer tomo de *Literatura del siglo XX y cristianismo* la odisea de Franz Kafka, esa otra elegía de un hombre que igualmente se sintió perseguido. Las coincidencias son asombrosas, demasiadas en número y calidad para que nos puedan pasar desapercibidas. "Max Brod posee y guarda en su biblioteca el ejemplar del 'Flaubert', de René Dumesnil, que ha heredado de Kafka. Las señales a lápiz se refieren principalmente a frases que hablan del padre y de la madre de Flaubert. Este indicio característico nos pone sobre la pista de la mayor obsesión de la vida de Kafka, la que él mismo explicó en su 'Carta al padre', epístola gigante de la que habla Milena." (13) Sus temores en sus relaciones con su padre, su sentirse incomprendido y morbosamente culpable, la angustia y el aplastamiento consiguiente, la deseada "metamorfosis": todos estos aspectos, esenciales para comprender la trayectoria vital y literaria del genial judío checo, nos dan luz igualmente al tratar de comprender la vida y las obras de Ernie Levy, judío perseguido, atormentado, evadido... transformado y vuelto a su "puesto de combate" que habría de terminar en el crematorio nazi.

La infancia de Ernie Levy transcurrió como la infancia de casi todos los niños: en la inconsciencia. Pero poco le duró al muchacho esta tranquilizadora ignorancia. Ernie Levy se hizo un hombre el mismo día, la misma noche, en que el abuelo Mardoqueo le pasa la antorcha, le revela su condición de Justo, su misión. "Poco después Ernie se sintió debidamente arrebuñado hasta el cuello, como un niño de pecho. Entonces, luego de cerrar la puerta, Mardoqueo regresó al lado de la cama y con voz ronca, como sofocada por todos aquellos años de silencio que pesaban sobre él, empezó a contar de cabo a rabo la historia prodigiosa de los Levy." (14) Desde ese momento el niño deja de serlo para convertirse en hombre. Y no un hombre como los demás, desde luego. Se convierte en un Justo, el último justo. Las consecuencias son terribles. Malos tratos en la escuela, desprecios e insultos, golpes y violencias, acaban por desesperar al muchacho, que intenta suicidarse abriéndose la muñeca y lanzándose por la ventana. La intervención providencial del abuelo le salva la vida. "En el hospital, encima de la cama de en-

(11) Agustín Coy: *Responsabilidades por la Muerte de Jesús*. "Proyección", Granada, octubre 1963, pp. 116 ss.

(12) UJ, 11.

(13) Charles Moeller: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, tomo III. Editorial Gredos, Madrid, 1957, pp. 244 ss.

(14) UJ, 156.

frente, Ernie había notado dos carteles superpuestos; uno de ellos, de cerámica, lleva esta bella y amplia inscripción: 'Fundación Rotschild de la Meurthe'. El otro no era más que un cartón amarillo: Reservado a los judíos y a los perros." (15)

"A veces —se confiesa Ernie en un momento crítico de su sangrienta peregrinación— me parece que tengo más de mil años. Pero desde el punto de vista de mi pobre padre, a quien Dios tenga entre sus dulces manos, no tengo más que veinte." (16) El sufrimiento hace madurar; cuando es excesivo, envejecer prematuramente. Se tiene la edad del sufrimiento que se vive. Ernie Levy es milenarista, pues lleva consigo, como un cordero expiatorio, el sufrimiento de todo su pueblo. A veces se pregunta asombrado si es que es él el último justo, el único con capacidad para sufrir, el único judío.

Y llega la hora de la tentación y de la caída porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Ernie Levy deserta de su padre y de su madre, de sus abuelos y de sus hermanos. Y se refugia en el cálido y seguro sur de Francia. A fuerza de tanto sufrimiento, de tanta persecución, de tanto desprecio, este hombre se transforma en perro. Huyendo, empequeñeciéndose. Otra metamorfosis. Un perro vulgar y corriente, que se deja llevar del capricho del momento, del placer sucio y repugnante... Pero Ernie Levy vive, por una temporada al menos, en el anonimato. Ya no es el justo predestinado. Ha renunciado a su misión, la ha repudiado.

"El herrero titubeó un minuto.

—Yo no sé —decía— a qué se parece un judío. Yo sólo me fijo en el hombre. Entre nosotros, en el Stalag 17, había varios, pero yo no me di cuenta hasta más tarde, después de que los Fritz se los llevaron. Sólo después, cuando me soltaron, me di una vuelta por la región de París, a causa de la mujer de un compañero que murió y vivía en Drancy. Era a primera hora de la mañana y unos motoristas alemanes nos dijeron que no quedásemos en la acera, y vimos pasar a toda marcha a unos autobuses llenos de niños judíos con estrellas amarillas. Se apretaban contra los cristales y nos miraban y se quedaban mirándonos. Y sus manos parecían arañar los cristales como si quisieran salir. Y yo no podía distinguir ningún rostro, pero todos ellos tenían unos ojos como nunca he visto otros, y como espero no volver a ver otros iguales en esta vida. Y cuando te vi por primera vez, muchacho, no fue en la 'petanque', fue en la iglesia, en misa mayor, y no podía distinguir claramente tu cara, pero inmediatamente reconocí tus ojos." (17)

Es suficiente para Ernie Levy, el Justo. "Ah, exclama Ernie alcanzado en el corazón." Y su vida absurda, de perro, metamorfoseada, ha terminado. (Notemos de pasada el hecho de que todo este fragmento de la obra, titulado "El perro", está escrito con una técnica alucinante y del todo surrealista.)

Ernie Levy recupera entonces su aspecto normal, recupera sobre todo su dignidad. Y acepta una vez más, con todas sus consecuencias, su condición predestinada de Justo. Ernie Levy acabará en el crematorio.

"Unos trenes de mercancías, unos cuantos ingenie-

ros y unos cuantos químicos han acabado con la vieja víctima expiatoria, el pueblo judío de Polonia. Por extraños caminos, la antigua procesión de hogueras desemboca en la cámara de gas y después en el crematorio: ríos que van al mar que todo lo engulle. El río, la embarcación, el hombre." (18)

"Dios mío, exclamó el justo Levy, mientras la sangre de la piedad manaba de sus ojos: Oh, Señor, así partimos hacia miles de años. Caminamos a través de desiertos secos, a través del Mar Rojo de Sangre, entre un diluvio de lágrimas saladas y amargas. Somos muy viejos. Seguimos andando. ¡Señor, quisiéramos llegar!" (19) Es el éxodo interminable de Ernie Levy y el éxodo interminable del pueblo judío.

## Conclusión

Una novela producto de una sociedad concreta en un tiempo muy determinado: eso es *El último justo*. Las dos presuposiciones básicas de las que parte tanta injusticia y tanto odio son simples de enunciar, pero por lo visto difíciles de corregir. Que todos los hombres no somos iguales, que los judíos son los responsables de la muerte de Jesús. El mismo Jesús pidió perdón por los que le crucificaban. "No saben lo que hacen." La requisitoria de Ernie Levy a la mujer francesa que le anuncia la detención de su novia Golda, es la requisitoria para todos nosotros:

"—Y luego han subido al camión... ¡Y ya sabe usted lo que es eso, vaya!

—No importa, dijo Ernie, puede arreglarse.

Y como ella le mirase con sorpresa, añadió: —No se inquiete usted, todos sus judíos volverán. Sea como sea, todos los judíos volverán. Todos.

Y reprimiendo un escalofrío añadió:

—Y si no vuelven, aún les quedarán a ustedes los negros, o los argelinos, o los jorobados..." (20)

Las infamias históricas de las que todos somos responsables —y lo seguimos siendo— claman al cielo. La fuerza enorme de esta novela tremenda radica precisamente en su actualidad. "Ningún hombre es una isla aislada en sí misma; cada hombre es una parte de un Continente... la muerte de cualquier hombre disminuye porque estoy yo mismo implicado en la Humanidad total. Por tanto, nunca envíe a preguntar por quién doblan las campanas. Las campanas doblan por ti." (21) La muerte de seis millones de judíos, o los campos de concentración, o el racismo en cualquiera de sus formas, o la persecución religiosa... Todo nos toca a todos y de todo somos todos responsables. El que de nosotros esté sin pecado que tire la primera piedra. Nos iremos retirando, empezando por los más viejos. Esa es la tremenda lección de esta epopeya del perseguido, *El último justo*, de André Schwarz-Bart.

(15) UJ, 239.

(16) UJ, 284.

(17) UJ, 275.

(18) UJ, 321.

(19) UJ, 340.

(20) UJ, 305.

(21) El fragmento es de John Donne. Lo utiliza Hemingway como epígrafe para su novela *For whom the bell tolls*.